

“La globalización ha incrementado la desigualdad al interior de las sociedades”



Foto: Gisela Sánchez

Según el profesor Maskin, capacitar a los trabajadores y educar a la población son elementos fundamentales para la reducción de la desigualdad.

La conferencia “Por qué la globalización no ha reducido la desigualdad en las economías emergentes”, inauguró el XXV Seminario Anual del CIES y estuvo a cargo de Eric Maskin, profesor de Harvard University y ganador del Premio Nobel de Economía 2007. Maskin desarrolló sus ideas en torno a por qué, a pesar del crecimiento de las economías emergentes, e incluso de la reducción de la pobreza, la globalización no ha logrado disminuir la brecha entre ricos y pobres.

La globalización está traicionando una de sus mayores promesas: reducir la desigualdad en el mundo. En contraste, la está incrementando. Eso es lo que dicen las cifras. Nadie pone en duda que la globalización ha permitido incrementar las tasas de crecimiento de las economías emergentes, pero ello no se ha traducido en menor desigualdad en sociedades que ya de por sí padecían de diferencias abismales en su interior.

“La globalización prometía reducir la desigualdad entre ricos y pobres. Pero, no ha tenido mucho éxito, pues vemos que en numerosas economías emergentes hay

mayor desigualdad”, sostuvo Maskin. “En la historia, los procesos de globalización han tendido a hacer decrecer la desigualdad en los países en desarrollo. La globalización que vivimos hoy no es la primera. Ha habido una sucesión de globalizaciones, y estas siempre fueron una fuerza de reducción de la desigualdad en los países en desarrollo. Pero, en la actual, que tiene lugar desde hace unos 20 a 25 años, la desigualdad está aumentando; no en todos los países, pero sí en muchos”, agregó el nobel, frente a una audiencia de más de 200 personas.

De acuerdo con el profesor Maskin, la razón de que esta vez la

“Aparte del argumento moral, pues las diferencias abismales entre las personas ofenden el sentido moral, existe un argumento económico: disminuir las diferencias entre ricos y pobres preserva el crecimiento de la economía y evita la inestabilidad política”.

situación sea diferente radicaría en que el actual proceso de globalización se está dando en el ámbito de la producción. Esto estaría repercutiendo negativamente en los trabajadores no calificados, pues las oportunidades laborales beneficiarían principalmente al personal calificado.

“¿Cómo explicar entonces que en países como el Perú se haya reducido la pobreza?”, preguntó

José Gallardo, ministro de Transportes y Comunicaciones y economista, en su intervención como panelista de la conferencia magistral. “En el Perú, la desigualdad social ha presentado una tendencia favorable y se ha reducido en la última década, debido al dinámico crecimiento del país y a la política de inclusión social”, dijo.

En respuesta al ministro, Maskin sostuvo que “si bien la reducción de la pobreza y la desigualdad están relacionadas, no son exactamente lo mismo”. Un claro ejemplo de ello es China, que habiendo sacado de la pobreza a millones de sus ciudadanos en los últimos 25 años, gracias a la globalización y al creciente comercio del país asiático con el resto del mundo, no ha logrado reducir la desigualdad. Más bien, esta ha aumentado, según muestra el índice GINI, pues un porcentaje elevado de sus habitantes sigue aún viviendo en la pobreza, y la distancia de este grupo con el resto de la población es hoy más grande que antes.

¿CÓMO SUPERAR LA DESIGUALDAD?

Lo primero es verla como un problema, pero este no es el caso de muchos tomadores de decisiones. En ese sentido, Maskin recordó que, aparte del argumento moral (“las diferencias abismales entre las personas ofenden el sentido moral”), existe también un argumento económico: disminuir las diferencias entre ricos y pobres “preserva el crecimiento de la economía y evita la inestabilidad política”.

“La globalización prometía reducir la desigualdad entre ricos y pobres. Pero, no ha tenido mucho éxito, pues vemos que en muchas economías emergentes hay mayor desigualdad”.



Foto: Gisela Sánchez

El panel discutió sobre la globalización y la desigualdad. De acuerdo con Maskin, si se quiere que los beneficios de la globalización alcancen a toda la sociedad, se debe invertir en la capacitación y educación de los trabajadores con menores capacidades.

Puesto que aquellas personas dejadas atrás por la globalización son la mano de obra no calificada, una manera de atacar el problema es capacitar a los trabajadores y educar a la población. “El tema es que aumentar la capacitación es caro, no es gratis. No lo van a hacer los mismos trabajadores porque estamos hablando de la gente más pobre del mundo, y probablemente tampoco lo harán las empresas porque no tienen muchos incentivos para hacerlo”, señaló. Mencionó que el trabajador capacitado gana más y la inversión se pierde si el trabajador se va a la competencia. “Alguien tiene que entrar en el escenario, y este alguien podría ser el Estado, las ONG o las agencias internacionales. Se requiere de asistencia externa al mercado”, explicó el nobel.

Interrogado por el profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) Efraín Gonzales de Olarte con respecto a si estas afirmaciones podían sostenerse en una economía tan informal como la peruana, Maskin sostuvo que, en su opinión, los principios eran los mismos, pues, a pesar de las diferencias con el sector formal, las habilidades requeridas por la fuerza laboral eran más o menos las mismas. Ello es precisamente lo que estaría pasando en países que, habiendo ingresado plenamente a la globalización, han visto reducidas sus tasas de desigualdad (medidas por el índice GINI). “No soy un experto en la economía

“Puesto que aquellas personas dejadas atrás por la globalización son la mano de obra no calificada, una manera de atacar el problema es capacitar a los trabajadores y educar a la población”.



Foto: Andina

El actual proceso de globalización se está dando en el ámbito de la producción. Las oportunidades laborales beneficiarían principalmente al personal calificado.

peruana, pero recientemente visité Brasil y estuve discutiendo por qué la desigualdad había caído en dicho país. Ello se atribuía a las políticas educativas y, principalmente, a los programas de transferencias económicas condicionadas”, aseveró.

En conclusión, Maskin arguyó que la globalización no solo era inevitable y que no tenía sentido oponerse a ella, sino que era deseable, pues ha incrementado los ingresos de las economías emergentes. No obstante, si se quiere que sus beneficios abarquen a toda la sociedad, es preciso invertir en la capacitación y educación de los trabajadores con menores capacidades. Y esto es algo que no va a suceder solo, sino que requiere ayuda; por ejemplo, de programas del Estado. “Incluso en un país tan exitoso como China, estos programas son necesarios”, explicó. “He tenido discusiones con ministros del gobierno chino y ellos están preocupados por el problema de la desigualdad. Quieren hacer algo al respecto y reconocen que la eliminación de la desigualdad va a requerir políticas de Estado”, concluyó.

Globalización y desigualdad: de la teoría a la praxis

La teoría de las ventajas comparativas predice la disminución en la desigualdad en economías emergentes que abren sus mercados. En procesos previos de globalización (la apertura comercial entre Estados Unidos y Europa en la segunda mitad del siglo XIX, por ejemplo), la teoría funcionó muy bien, pero en el presente proceso de globalización ha fallado dramáticamente. De acuerdo con Maskin, ello se explicaría en el hecho de que actualmente la mano de obra tiene muchos más niveles de calificación que antes. Asimismo, en que la colaboración solo sería productiva entre niveles de capacitación próxima. En un mundo teórico, conformado por cuatro niveles de calificación (A, B, C y D, siendo los dos primeros niveles abundantes en los países ricos y los dos segundos abundantes en los países pobres), la colaboración sería productiva, por ejemplo, entre A y B, pero no entre A y C. En este contexto, la globalización habría propiciado un ‘match’ cruzado entre el nivel B de los países ricos y el C de los países pobres, dejando solos a los D, quienes ahora deben asociarse homogéneamente (entre ellos). Esto ha traído como consecuencia un incremento en la productividad de los C y un correspondiente incremento salarial, pero también una disminución en la productividad de los D y una correspondiente disminución salarial. Maskin ofrece una salida al problema: los gobiernos, las ONG o un tercero, deben invertir en la capacitación de los trabajadores menos calificados de la sociedad.